

nocimiento, a pesar de su aparente distancia. Precisamente, teniendo en cuenta esta relación y distancia, se intenta precisar las características relacionales y diferenciales entre verdadero y justificable, atribuyendo uno de estos términos a los supuestos de conocimiento y el otro a juicios de valor.

En principio, hay que distinguir entre la naturaleza del conocimiento y sus condiciones. Conocimiento implica la consecución plena de una determinada actividad, pero las condiciones de esta actividad deciden la plenitud del conocimiento. Los empiristas han acentuado el valor de estas condiciones, hasta el punto de poner en ellas lo principal del conocimiento. Sin embargo, esto parece una exageración, porque en todo caso las condiciones del conocer están ya en cierta medida dadas en el conocer mismo. Por otra parte se da la intuición, como un modo de conocimiento, cuyas condiciones parecen a su vez condicionadas por el conocer.

Consideremos ahora el valor. Valorar significa también un modo de aprehensión acabado o completo. Hay una determinación por parte del sujeto respecto del objeto, y esta determinación implica necesariamente un cierto conocimiento. Se da una conexión funcional entre el que valora y lo valorado, que determina, sin duda, el contenido de la valoración; pero esta relación no puede ser arbitraria, y este es precisamente el fundamento de conocimiento que hay en toda valoración. Por esta misma razón, cuando analizamos los juicios de valor, solemos encontrar elementos empíricos que implican conocimientos acerca de los hechos. Si sobre estas indicaciones, apreciamos la disputa tradicional entre las características del valor y las características del conocimiento, nos percatamos de que la valoración se monta en un tipo intuitivo de conocimiento, que da una peculiar importancia a las condiciones subjetivas, tales como el sentimiento, el propósito y la actitud. Por otra parte, si consideramos el conocimiento veremos que hay una valoración en conexión estrecha con la motivación y la acción. Así, el conocimiento parece que guía a la valoración y que, por su parte, la valoración determina las posibilidades del conocimiento. Para evitar los conflictos tradicionales, quizás fuese conveniente el introducir algunas modificaciones en los términos que habitualmente se emplean.—E. T. G.

C. WILLIAMS (Donald): *More on the Ordinarity of history*, en «The Journal of Philosophy», vol. LII, núm. 10, 1955, New-York, págs. 269-277.

El Profesor Harold Lee, en sus *Reflexiones sobre la naturaleza hipotética del conocimiento histórico*, sostiene que las proposiciones históricas son esencialmente hipotéticas y que se afirman, por conexión, con otras proposiciones que tienen un carácter circunstancial, de modo que el conocimiento histórico, en su conjunto, es más aparente que real, y, en todo caso, responde a estratos del conocimiento preferentemente determinados por la comprensión y no por la especulación lógica. Sin duda, el Profesor Lee potencia en demasía el papel que el método hipotético desempeña en el conocimiento histórico, ya que no es ni el método exclusivo ni el de mayor importancia con relación a la historia. Efectivamente, la historia tiene como característica muy singular que el conjunto de su contenido es, en cierto modo, el conjunto de todos los contenidos posibles de orden social, y en este sentido deja un amplio campo para la hipótesis; pero no se trata de que el conocimiento histórico sea más o menos real, sino de las condiciones propias de ese conocimiento. Desde luego que se pueden formular hipótesis en la metodología histórica, pero esto no esclarece que sea la historia ni sus contenidos. El Profesor Lee sostiene que la historia es por completo incapaz de fundamentarse en experimentos. Desde luego, en la medida en que el objeto de la historia es el pasado, resulta inexperimentable; pero esto no quiere decir que resulte inverificable. Por otra parte, y en cierto sentido, la historia se ofrece como experimentable en cuanto se constituye en historiografía, y las distintas construcciones de los distintos autores se suceden y condicionan unas a las otras. El punto de vista del Profesor Lee tiende a disolver la autonomía de la ciencia histórica, pero es indiscutible que su campo concreto está determinado por un cierto tipo de hechos, los hechos históricos, que no son hechos físicos, pero que pertenecen al mundo empírico, y en este sentido son susceptibles de organización científica. Precisamente una de las funciones características del historiador es la de seleccionar aquello que es importante frente a la innumerable cantidad de acon-

tecimientos que no lo son, y en esta selección va ya implícita una actitud y un método que determinan en principio la autonomía del conocimiento histórico, en cuanto que lo importante que se elige es lo históricamente importante. Lo que es indiscutible, desde mi punto de vista, es la incertidumbre propia de la limitación del conocimiento histórico. Si conociéramos todos los hechos históricos aún podríamos determinar su proceso, pero conociendo sólo una parte mínima es muy difícil que podamos definir las estructuras o cualificar las conductas. En este sentido, la historia pertenece más a las ciencias sociales, dentro de cuyo campo posee una autonomía, pero al servicio de fines que afectan al bien concreto de la humanidad. El conocimiento histórico delimitase, pues; pero, al mismo tiempo, se condiciona en función a un fin más amplio.—E. T. G.

O'NEILL (Joseph E.): *The metaphorical Mode: Image, Metaphor, Symbol*, en «Thought», vol. XXXI, núm. 120. Primavera 1956, págs. 79-113.

La poesía moderna, abandonando viejos moldes, ha creado un estilo propio y, con ello, el menosprecio de las viejas fórmulas poéticas. Joseph O'Neill sólo trata de demostrar que aquéllas caen en desuso cuando una revolución espiritual ha alterado la metafísica de una cultura. Así, la poesía del siglo XVII era intelectual e ingeniosa; la del XVIII, formalista y decorosa, y la del siglo XIX, emocional y colorista, debido a la distinta visión del mundo que imperaba en esas épocas. El transcurso del tiempo hace que la poesía difiera únicamente por el acento, el énfasis con que destaca un elemento poético de los demás. La conexión entre metáfora, lenguaje y pensamiento es un hecho de carácter tan general que puede afirmarse, con algunos autores, que un examen fundamental de la metáfora es tanto como una investigación de la génesis del pensamiento, surge por ello la metáfora espontáneamente en el lenguaje. El proceso metafórico, lo mismo en el lenguaje que en el pensamiento, es un designio de la mente humana, no solamente para descubrir el mundo de la experiencia y de

la realidad, sino también para expresar, por medio de un acto de discernimiento imaginativo, el orden y armonía del universo.

La imagen poética consta de tres elementos, cuyo equilibrio varía, según las modas poéticas, aunque los tres elementos son indispensables para constituirlos; son éstos el sentimental, elemento vívido; el emocional, que produce la intensidad, y el intelectual, que determina la profundidad. Pero sobre estos elementos y para dotarlos de vida, se requiere una energía poética fuerte, es decir, la capacidad para provocar una respuesta externa que se producirá por un simple acto compuesto de una intimidad espiritual y una percepción física.

La imagen poética es esencialmente analógica en la metáfora, ya que es ésta expresión de la percepción de una analogía entre dos objetos que pertenecen a dos esferas diferentes del ser. La metáfora tiene sus límites; hay comparaciones analógicas que no son lícitas en poesía, lo mismo que hay palabras que no son poéticas. Aunque, en realidad, todas las palabras pueden ser empleadas en la creación de un magnífico poema. Hay un uso científico de las palabras, que extrae de ellas referencias, el uso emotivo hace destacar en ellas actitudes y emociones. Este segundo modo de usar las palabras es el que corresponde al poeta. El intelecto puede ejercerse por medio del método lógico: movimiento paso a paso de la causa al efecto, o por el método metafórico: sistema intuitivo, que se vale de la asociación, la memoria y todas las fuerzas escondidas del subconsciente.

Hay un simbolismo verbal, simple figura literaria, resultado de asociación arbitraria o percepción de similitud entre dos objetos y un segundo simbolismo que, basado en intuiciones de las relaciones fundamentales, interpreta el universo. El símbolo es figura superior al signo, que es mero indicador de relaciones conocidas.

Este artículo tiene interés grande por interpretar imágenes, metáfora y símbolo despojándolos de su aspecto formal de figuras retóricas y trata estas manifestaciones del pensamiento como algo vivo, con un contenido, con un sentido, en su función de partes del todo viviente que es el poema.—M. del P. M.